

*"Una recreación magnífica de la Sevilla del siglo XVIII."*

*Ildefonso Falcones*

EL  
ELEFANTE  
DE MARFIL

NEREA RIESCO



El día de Todos los Santos de 1755, un terremoto sacude la ciudad; también precipita el destino de doña Julia López de Haro: tras sobrevivir al desastre, la bella viuda, dueña de la imprenta de más renombre de Sevilla, decide dar un giro a su existencia, hace caso a sus sentimientos y, horas más tarde, se entrega a León de Montenegro, un joven proveniente de Malta y empleado en su negocio. Este insondable hombre será el gran amor de su vida, aunque doña Julia ignora que es depositario de una secreta y peligrosa misión que, tras contraer matrimonio, traspasará a su descendencia.

Así se inicia la apasionante peripecia de tres generaciones unidas por una misteriosa herencia: honrar un antiguo pacto entre cristianos y musulmanes que debe culminar en la celebración de una partida de ajedrez que, tras seis siglos de espera, sigue pendiente y que fuerzas muy poderosas tienen empeño en evitar que se lleve a cabo.

*A la memoria de José Miguel Vicente Navarro,  
que merecía (al menos) sesenta años más  
N. R.*

No hay judío, ni griego, ni siervo, ni libre, ni hombre, ni mujer. Porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús.

Carta de san Pablo a los Gálatas, capítulo 3, versículo 28

¡Oh, gentes! Ciertamente os hemos creado a todos de varón y hembras, y os hemos hecho naciones y tribus para que os reconozcáis unos a otros.

Corán, Sura 49; al-Huyurat, 13

## Prólogo

**L**evaban mucho tiempo jugando al ajedrez. El toque de las campanas y el olor a leche hervida y pan recién tostado les recordó que era la hora prima y que no habían probado bocado desde que comenzaron la partida. Aquel lugar tenía el aire clandestino de las antiguas catacumbas romanas. Sobre las largas mesas que rodeaban la estancia se mezclaban, sin orden aparente, legajos, libros, mapas, anotaciones y tableros de ajedrez alineados que esperaban con impaciencia convertirse de nuevo en un campo de batalla. Los gruesos muros de piedra estaban decorados con frescos que reflejaban escenas profanas: diversas representaciones de la Giralda evolucionando a través del tiempo, barcos luchando contra tempestades, paladines atacando al enemigo espada en mano, almenas asediadas... quizá por eso los hermanos de la Orden llamaban a ese lugar el «Krak de los Caballeros».

Los dos contrincantes se miraron con recelo. El rey blanco estaba en peligro. La amenaza de la intrépida reina negra lo mantenía inmovilizado tras dos peones y un caballo, pero el ataque era abrumador y no tenía ni idea de cuánto tiempo podría continuar así. El jugador más joven suspiró, apaciguando su ansiedad. Levantó su alfil negro con la mayor delicadeza, atrapéndolo con el índice y el pulgar, arrasrándolo hasta el escaque preciso. Una imperceptible sonri-

sa iluminó su rostro juvenil. Ya era seguro: su adversario no tenía escapatoria.

—Jaque mate anunció despacio, intentando que la satisfacción no le empujase a pecar de orgullo.

No hay duda, hermano —le dijo el comendador de la Orden—. Habéis ganado todas las partidas. Sois el mejor.

—Os agradezco el cumplido —respondió el muchacho.

—No, no se trata de un cumplido: es justicia. Contáis con un talento innato para el ajedrez. Os he venido observando desde que erais un niño. Mi misión consiste en encontrar al mejor, y vos sois el mejor. Necesitamos al mejor para poder ganar... y yo os elijo a vos.

—¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Quién será mi rival?

—Tened calma —musitó el comendador colocando su mano sobre el hombro del joven—. Aún no hay respuestas para esas preguntas. Sólo una cosa es segura: algún día habrá que jugar esa partida... y tendremos que ganarla.

# APERTURA

## 1. El día del terremoto

*Alfil es cada labio que se toca;  
caballo es todo beso perpetrado;  
los dientes torres son que el tiempo  
enroca;  
la lengua es dulce jaque inesperado.*

ENRIQUE GONZÁLEZ

**E**l terremoto fue el día de Todos los Santos. Como cada año, los sevillanos aprovechaban la fecha para desempolvar casacas de terciopelo y mantillas de blonda y se ataviaban de negro desde el sombrero hasta lo más profundo del alma, de modo que su desazón por lo efímero de la vida humana quedase reflejada en el ambiente de la calle. El ritual de la jornada consistía en acercarse a visitar a los difuntos flores en mano, parlamentar con ellos para ponerlos al tanto de los últimos acontecimientos familiares y sociales y dirigirse a misa de doce mostrando actitud devota. Después sólo quedaba esperar la hora de la merienda, en la que los mortales se entregaban a devorar esponjosos buñuelos de viento y almendrados huesos de santo que en su aspecto recordaban a lo

que les daba nombre, aunque su porosidad tuviese la textura azucarada del dulce de yema.

La mañana había despertado con una ligera niebla. La gente surgía de improviso, como sombras de las brumosas esquinas, caminando en silencio para que el frío del otoño no les entrase en la boca. Parecían seguir un itinerario organizado con tiempo, una estudiada coreografía que los dividía en grupos: unos hacia el cementerio del Prado de San Sebastián, otros al de los Pobres, éstos al de los Canónigos, aquéllos al Eclesiástico, los demás al de San José en Triana...

Doña Julia, la joven viuda de Haro, no podía ser menos. A eso de las nueve y media de la mañana salió de su casa-impresora de la calle Génova asida al apretado brazo de mamita Lula, la criada negra que recordaba al servicio de su familia desde que tuvo uso de razón. Lula, ese día, se había levantado con el corazón alborotado.

—Hoy se acaba el mundo —advirtió bien temprano lanzando un suspiro resignado mientras acercaba la bandeja con el desayuno a la cama de la señora, meneando su enorme trasero.

—Por decir este tipo de cosas es por lo que la gente te evita —le respondió doña Julia antes de mordisquear con desgana la tostada.

El chismorreo popular aseguraba que mamita Lula llegó al puerto de Sevilla en un navío de esclavos que olía a marfil y tiranía procedente de un pueblo africano llamado Yoruba, cuna del vudú. Decían que venía escualida, que en su cabello enredado como cuerda hacían nido los piojos, que traía pústulas supurantes en los ojos y en los labios y que emitía chirridos de criatura salvaje. Al parecer el padre de doña Julia, el respetado boticario Juan Nepomuceno Gil de la Sierpe, la descubrió cuando daba uno de sus habituales paseos por el puerto de Mulas esperando a que algún barco llegado de Nueva España trajese un remedio milagroso que pudiera curar, de una vez por siempre, las fiebres

palúdicas que ya comenzaban a convertirse en un mal endémico en la ciudad. Juan Nepomuceno era estudioso de las plantas y estaba convencido de que en ultramar había arbustos medicinales capaces de acabar con las enfermedades del continente europeo.

—Si no fuese porque tengo una familia que depende de mí, allá que me embarcaba yo y volvía con la cura a todos los males. Si es que los individuos que fueron a esas tierras de promisión son todos unos borricos sin cultura que sólo saben liarse a mamporros con los pobres indios —aseguraba—. ¡Qué desperdicio, Señor! ¡Si dicen que las plantas terapéuticas crecen en esas tierras hasta debajo de las piedras! Si es que estamos del todo equivocados. Tanto traernos oro y plata y lo que realmente tiene valor es lo que nos da la salud. ¿Para qué sirve el dinero si no se tiene salud, eh? —les decía a sus amigos, que asentían sonrientes a sus peroratas más por simpatía que por convencimiento.

Y es que el señor Gil de la Sierpe era de tendencia humanista y partidario de recuperar la identidad moral del ser humano. Por eso, nada más ver a la muchacha negra subida sobre un cajón de madera con gesto de lástima, cubriendo sus vergüenzas con un harapo inmundo, con una gargantilla de hierro oxidado que la encadenaba con grilletes a tobillos y muñecas mientras el negrero de turno proclamaba sus cualidades como si estuviese vendiendo un saco de cebada, se apiadó de ella. Pagó sin rechistar lo que le pidieron y la llevó a su casa sin hacer caso de las protestas de su esposa. Una vez limpia y vestida, pudieron constatar que debía de rondar los catorce años, que desconocía por completo los rudimentos de la alimentación con cubiertos y que la única palabra que emitía con un mínimo de claridad y de forma repetitiva era «Lula».

Doña Julia, que en aquel momento apenas contaba cinco años de edad, quedó encantada con la nueva habitante de la casa. La tomó de la mano y ambas desaparecieron escaleras arriba. Nadie volvió a verlas ni oírlas en dos horas y

media. Las llamaron a gritos, buscaron debajo de las camas, en el desván, en la despensa. La madre de doña Julia le echó en cara a su marido haber traído a la casa a una antropófaga de esas que se comían a los niños blancos con guisantes, pobre de mi niña, pobre, pobre... hasta que el jardinero vio un rastro de ropa que iba de la cocina al patio trasero. Allí encontraron a las chiquillas como Dios las trajo al mundo, parloteando en un idioma hereje, riéndose, embarradas hasta las orejas, comiéndose a puñados la tierra de las macetas.

—Mira lo que has conseguido con tu manía de la compasión —le gritó la madre de doña Julia a su esposo mientras levantaba a su hija en vilo sujetándola por un brazo y cubriéndola con su chal—. Hay que deshacerse de este engendro... va a convertir a la niña en una salvaje. La quiero fuera de esta de casa, ¡ya!

La firmeza de su mujer pareció convencer a Juan Nepomuceno pero, cuando la niña Julia vio que la separaban de su nueva amiga, le dio una rabieta. Enrojeció, se tiró al suelo y nadie la podía levantar porque daba mordiscos y patadas a todo el que se acercaba. Entre berridos, hipos y sorber de mocos lo único que se le entendía era que si se iba mamita Lula, ella se tiraba al río. Al final la muchacha bruna se quedó en la casa.

Con el paso de los años, mamita Lula aprendió a hablar con acento andaluz y se hizo camarera de Nuestra Señora de los Angeles en la Hermandad de los Negritos. Preparaba como nadie el gazpacho añadiéndole el toque personal de las naranjas amargas y se ejercitó lo bastante con el tenedor y el cuchillo como para no suponer ningún peligro para ella misma o para los demás. Pero la gente la miraba con suspicacia, en parte por los sutiles comentarios que soltaba la madre de doña Julia en las reuniones sociales, en los que aseguraba que su criada negra escondía bajo la cama un muñeco de trapo atravesado por alfileres con el que

era capaz de provocar dolores de vientre a los que le resultaban fastidiosos.

Mamita Lula era muy observadora. Llevaba más de una semana fijándose en el extraño comportamiento de los perros que se pasaban las noches aullando a la luna; de los pájaros que anidaban en lo más alto de los campanarios de las iglesias y que se habían marchado espeluznados, dejando a sus crías con los picos abiertos, demandando comida; de los caballos que se erguían tensos, con los ojos brillantes cuando intentaban colocarles el bocado. Incluso Juan el Menesterozo se había vuelto loco la tarde anterior. Se puso a recitar una plegaria de angustia, arrodillado en medio de la calle Génova, tirando del vuelo del vestido de las señoras que le pasaban cerca, asegurando que iban a morir miles de personas. No paró hasta que las fuerzas del orden vinieron a por él. Le dieron dos cachetadas y, como no había forma de tranquilizarle, terminaron por encerrarle en las mazmorras de Triana hasta que se le pasó el arrebato.

—Hoy se acaba el mundo —repitió con firmeza mamita Lula mientras caminaba junto a su señora en dirección a la catedral para escuchar la misa de Todos los Santos—. Lo sé porque las bestias están raras. Los asnos están tercos. Los perros alborotan como desquiciados...

—¡No me digas! —replicó doña Julia llevándose la mano izquierda a la mejilla con teatral gesto de sorpresa—. ¿Los asnos se obstinan y los perros ladran? ¡Qué cosa más rara! Cuidado, cuidado...

—Los estorninos se han ido. Hace tres días que no se ve ni uno y...

—Oh, ya basta, ¡por Dios bendito! Estos desvaríos de tarada me ponen los nervios de punta. Como sigas diciendo sandeces te encierro en el hospital de San Cosme y San Damián, que me han dicho que allí se hacen cargo de las criadas locas como tú.

Mamita Lula decidió morderse la lengua a pesar de la inquietud que bullía en su interior. Siguió caminando en si-

lencio y subió la escalera de acceso al templo midiendo de reojo el enfado de la señora. Cuando llegaron a la altura de la puerta de entrada, doña Julia se adelantó para empujar uno de los batientes. Entonces mamita Lula esperó un instante aferrada a su cesto de mimbre, con los brazos cruzados, el ceño fruncido y el labio inferior más sobresaliente de lo habitual. Vio avanzar a su señora delante de ella.

—Sí, sí... llámeme loca —murmuró para sí antes de atravesar el umbral—. Pero hoy se acaba el mundo.

Mamita Lula detestaba no decir la última palabra cuando sabía que llevaba la razón.

## CV

Entraron en la catedral por la puerta del Perdón ante las suspicaces miradas de las estatuas de san Pedro y san Pablo. San Pedro se situaba a la izquierda con el gesto adusto, los pelos alborotados y las llaves del cielo en la mano. Estaba justo al lado de la ventanita enrejada por la que se avisaba al cura para que ungiera los Santos Óleos a los feligreses que habían decidido dejar este mundo a horas intempestivas. San Pablo, por su parte, iba armado con una espada que sujetaba con su mano derecha dejando la izquierda escondida a su espalda en actitud de espadachín chulesco. Pero lo más sospechoso de él era que esa mano que desaparecía entre los pliegues de sus ropajes parecía estirarse milagrosamente y reaparecía por debajo de la figura, sujetando la peana. Los dos apóstoles, junto con el arcángel Gabriel, la Virgen Anunciada y el altorrelieve de la parte superior en el que Jesús expulsaba a los mercaderes del templo, en clara contradicción con la tradición popular de utilizar las gradas de la catedral como lonja de la ciudad, eran el marco cristiano en el que se ensamblaba aquella

entrada híbrida, la más antigua del templo. Al cruzar el umbral, se ingresaba en un mundo mestizo, un patio de Naranjos que en otro tiempo sirvió de *sahn* de la Mezquita. Allí los fieles hacían sus abluciones en una pila que perteneció a unas antiguas termas romanas y que aún se mantenía en el centro. Las civilizaciones del Mare Nostrum enlazaban sus caminos en el patio de los Naranjos de Sevilla.

Las dos mujeres caminaron en diagonal, sorteando las naranjas caídas, hasta llegar a la nave del Lagarto, el lugar en el que indefectiblemente mamita Lula siempre miraba hacia arriba.

—Lagarto, lagarto —dijo tocándose la cabeza con los dedos índice y meñique de la mano derecha.

La pobre era de talante supersticioso. Le parecía un completo error permitir que un cocodrilo disecado llevase colgado del techo de la catedral desde los tiempos en que el sultán de Egipto lo envió como regalo al rey Alfonso X, el día que le pidió la mano de su hija Berenguela. El Rey Sabio rechazó la proposición matrimonial pero se quedó con el cocodrilo, que, en pocas semanas, se volvió perezoso por culpa del olor a azahar y el sopor veraniego. Aprendió a comer de la mano de sus cuidadores, dormía la siesta bajo un plátano de sombra en la placidez vespertina de los Reales Alcázares y algunas crónicas aseguraban que meneaba su enorme colaza de reptil cuando veía llegar al rey, como si fuese un perrillo faldero. Le cogieron tanto cariño que, cuando murió, lo destriparon, lo rellenaron de paja y lo colgaron del techo de la catedral para que trajese suerte.

Atravesaron la puerta del Lagarto para sumergirse en la oscuridad azulada de la iglesia, apenas vencida por la tibia luz que se filtraba por las vidrieras. Caminaron en línea recta sobre el enlosado de mármol blanco y negro, dejando a su izquierda la entrada de la Giralda, la puerta de los Palos, la capilla de San Pedro, la capilla Real... Justo a espaldas de la capilla Mayor, se encontraba la capilla funeraria de la familia de López de Haro. Doña Julia se soltó del brazo de

mamita Lula, le pidió que le sujetase el ramo de flores de bignonia rosada que acababan de cortar del patio de la casa y sacó la llave del bolsillo de su basquina para abrir la cancela. Antes de hacerlo percibió los brillantes ojos de vidrio del san Juan Evangelista que presidía el altar con su beatífico rostro de discípulo preferido de Jesús. Su difunto esposo le tenía mucha fe, no sólo por haberse convertido en el patrón de los impresores tras redactar el cuarto evangelio; también le admiraba por soportar, con estoicismo de héroe, que el emperador romano Domiciano le echase por encima un caldero de aceite hirviendo. Según los sabios juicios del señor De Haro, eso demostraba que los impresores eran una especie de mártires abnegados perseguidos desde el comienzo de la cristiandad por dejar constancia escrita de las verdades incómodas. Pero, pese a las positivas referencias del santo, cada vez que doña Julia veía el contorno menudo de aquella figura de loza envuelta en terciopelo bermellón, con su larga melena de pelo natural, sus alhajas engastadas con vidrios de colores y su boquita entreabierta de labios y lengua impudicamente brillantes gracias a una gruesa capa de barniz escarlata, no podía eliminar de su mente la imagen de las mujeres de vida disoluta que vivían en las mancebías cercanas al puerto.

Apartó la mirada para volver a prestar atención a la cerradura y le dio la vuelta a la llave. Justo cuando la puerta comenzaba a ceder, el piso del templo se meció como si fuese una balsa flotando sobre un lago de aceite. A doña Julia le sobrevino una sensación de mareo y se aferró a los hierros de la verja.

—¡Dios se apiade de nosotros y nos perdone los pecados! ¡Amén! —Mamita Lula se santiguaba con una rapidez inusitada.

El estremecimiento duró apenas unos segundos pero el silencio posterior se alargó durante un buen rato. Las miradas de los visitantes de la catedral se cruzaron interrogantes con la esperanza de que alguno pudiera dar una expli-